

Democracia en Oriente Medio

[Marina Ottaway](#)

La gente en Oriente Medio quiere libertad política y sus gobiernos reconocen la necesidad de reformas. Pero la región parece impermeable a la democracia. Los regímenes árabes sólo hacen concesiones estratégicas sobre los derechos de las mujeres y las elecciones para apaciguar a sus detractores. Si llega la democracia, no será gracias a los partidarios del progreso ni a sus amigos occidentales, sino a esos mismos partidos islamistas que muchos consideran ahora un obstáculo para el cambio político.

"Oriente Medio es el último reducto que se resiste a la tendencia democrática mundial"

No. Oriente Medio sigue fuera de la línea divisoria que agrupa a las democracias mundiales, pero, por desgracia, no le falta compañía. Rusia se desliza hacia el autoritarismo y, como consecuencia, la antigua Unión Soviética está convirtiéndose en un páramo democrático, con sólo unas cuantas bolsas inestables de pluralismo como Georgia, Ucrania y Moldavia. Asia Central no tiene mejor situación democrática que el mundo árabe. En el este y el sureste de Asia hay una franja lamentablemente extensa –desde Corea del Norte y China hasta Malaisia y Singapur, pasando por Vietnam, Laos y Myanmar (antigua Birmania)– que constituye una zona sin democracia y con escasas señales de cambio.

Oriente Medio no fue inmune a la "tercera ola", la decisiva expansión de la democracia que comenzó en Europa y Latinoamérica hace 30 años y después se extendió a otras partes del mundo. En los años 80, varios países árabes, entre ellos Egipto, Túnez y Jordania, iniciaron reformas políticas para permitir la contienda entre partidos. Sin embargo, las reformas perdieron empuje o quedaron

abolidas en los 90, cuando los dirigentes árabes demostraron que no estaban dispuestos a arriesgar su poder en unos procesos genuinos de democratización. Túnez, por ejemplo, regresó a un rígido gobierno autoritario.

Hoy, la reforma política vuelve a propagarse en la región, frustrada por la corrupción crónica, la mala situación socioeconómica y la sensación generalizada de estancamiento. Los atentados del 11-S generaron nuevas presiones reformistas, no sólo de EE UU sino también de algunos árabes que empezaron a preguntarse por qué existía una imagen tan extendida de sus sociedades como peligrosas pocilgas políticas. Se habla de reforma política y democracia en todas partes, incluso en las monarquías del Golfo, donde esos temas estaban prohibidos. Sin embargo, los pasos dados hasta ahora son más bien modestos.

"La democracia es imposible mientras no se resuelva el conflicto árabe-israelí"

Falso. Los gobiernos árabes frenan la participación política, manipulan las elecciones y limitan la libertad de expresión porque no quieren que peligre su poder, no porque las interminables tensiones con Israel necesiten unos controles sociales draconianos. Cuando el Gobierno de Kuwait se niega a reconocer el derecho de las mujeres a votar, lo hace por deferencia a los elementos más conservadores de su población, no por miedo a que el voto de las mujeres ponga en peligro la seguridad del país. Es el miedo a la competencia, y no a ninguna trama sionista, lo que hace que el partido que gobierna en Egipto se oponga a celebrar elecciones presidenciales. Cuando se trata de emprender reformas democráticas, la amenaza sionista no es más que una excusa conveniente. Ahora bien, el hecho de que no se resuelva el conflicto árabe-israelí resta credibilidad a EE UU como defensor de la democracia en Oriente Medio. Los árabes progresistas piensan que las declaraciones de EE UU en el sentido de que desea la democracia en la región son hipócritas, porque, al mismo tiempo, muestra lo que ellos consideran indiferencia respecto a los derechos de los palestinos y un apoyo incondicional a Israel. Por su parte, muchos gobiernos árabes

no se toman en serio las presiones estadounidenses para democratizar la zona, convencidos de que la necesidad de petróleo y el deseo de no molestar a los regímenes que han reconocido a Israel podrán más que las aspiraciones de Washington de que se produzcan cambios democráticos. La credibilidad de EE UU no se repondrá hasta que no intente abordar el conflicto de forma seria y equilibrada.

"Estados Unidos desea que el pluralismo político llegue a la región "

Hasta cierto punto. La transformación democrática de Oriente Medio se convirtió en el objetivo central de la política exterior estadounidense de la primera presidencia de Bush. Esta nueva política supone un giro radical respecto a las décadas de firme apoyo a muchos de los regímenes autoritarios de la zona, como los de Egipto, Arabia Saudí y Jordania. Es resultado de la nueva opinión oficial, tras el 11-S, de que la democracia en Oriente Medio sería el mejor antídoto contra el terrorismo islámico.

Aunque ese deseo de democracia puede ser sincero, Estados Unidos cuenta con muchas otras prioridades en la región: tener acceso al petróleo, contar con cooperación y ayuda en la lucha antiterrorista, fomentar la paz entre Israel y sus vecinos, cortar la proliferación de armas de destrucción masiva e impedir que los radicales islámicos se hagan con el poder. El nuevo entusiasmo de EE UU por la democracia lucha por hacerse hueco en esta mezcla. La lucha contra los militantes islamistas y la protección del petróleo siguen empujando a Estados Unidos a cooperar con regímenes autoritarios. Los habitantes de la región han visto que los estadounidenses adoptaban una postura firme respecto a Irán (que no es un país árabe) y Siria, pero que siguen sin presionar demasiado a los regímenes de Arabia Saudí, Egipto, Túnez y otros tiranos aliados. La Administración Bush ha emprendido nuevas iniciativas diplomáticas y programas de ayuda para fomentar cambios

positivos. Pero son medidas leves y graduales, pensadas para promover el cambio democrático sin amenazar en exceso la autoridad de los gobiernos actuales.

Además, sigue existiendo mucha ambivalencia en las instancias burocráticas de Estados Unidos, sobre todo en el Departamento de Estado y los servicios de información, sobre cualquier perspectiva de rápida apertura política en la región. Algunos expertos están preocupados por la posibilidad de que, dado el clima político imperante entre la mayoría de los ciudadanos árabes –indignados con Estados Unidos y favorables al islamismo político–, unas elecciones libres y abiertas pudieran desembocar en regímenes claramente hostiles.

"La guerra en Irak contribuyó a la causa de la democracia en Oriente Medio"

Todavía no. La guerra encabezada por Estados Unidos en Irak apartó del poder a uno de los dictadores más detestables y represivos de la región y ha abierto la posibilidad de que el país, un día, pueda tener un sistema político pluralista. Ahora bien, la auténtica democracia en Irak sigue estando lejos y llena de incertidumbres; el camino para llegar a ella tendrá que medirse en años, más que en meses.

Las repercusiones políticas de la guerra en el resto de la región –especialmente el hecho de que dejara al descubierto la vacuidad del régimen de Sadam Husein– han contribuido a que en muchos países árabes se oigan más voces que exigen reformas políticas. Pero los avances reales hacia la democracia han sido mínimos. Además, la guerra hizo que varios gobiernos árabes, como el de Egipto, limitaran el espacio político existente –ya reducido– para defenderse de las protestas públicas y como excusa para perseguir a los opositores.

Por desgracia, el hecho de que el presidente George W. Bush haya justificado repetidamente la guerra como una misión democratizadora ha desacreditado a algunos árabes demócratas y occidentalizados ante sus conciudadanos. Es más, para muchos árabes, la palabra democracia ha pasado a ser una clave que representa la estrategia estadounidense de dominio regional. La impopularidad de la guerra y los abusos cometidos contra iraquíes en la cárcel de Abu Ghraib terminaron de empañar la reputación de Estados Unidos y alimentaron el extremismo islámico.

Los teóricos del contagio democrático afirman que si Irak celebra elecciones a principios de 2005, su ejemplo se extenderá en el mundo árabe. Pero es muy probable que gran parte del mundo árabe considere dichas elecciones, incluso aunque salgan bien, llenas de fallos. Se prevé que algunas zonas de las regiones predominantemente suníes de Irak no participen en las elecciones y es inevitable que muchos árabes acusen a Washington de manipulación, puesto que las elecciones se celebrarán bajo su ocupación. Pocos árabes se sentirán movidos a tener una nueva opinión de la democracia árabe después de una sola contienda electoral. Muchos países árabes ya celebran comicios con diversos grados de seriedad e importancia; a principios de 2004 hubo unas elecciones en Argelia que un observador occidental calificó como "de las mejores realizadas, no sólo en Argelia, sino en África y gran parte del mundo árabe".

Para fomentar la democracia en Oriente Medio será preciso dejar de hacerse ilusiones sobre una transformación repentina de la región y tomar en serio el reto de adquirir credibilidad en las sociedades árabes. Es más, si EE UU quiere desempeñar un papel constructivo y positivo, tendrá que revisar sus relaciones de amistad con regímenes autocráticos, exhibir una firme capacidad de ejercer sutiles presiones diplomáticas para lograr cambios políticos en momentos clave y respaldar dichas presiones con una ayuda bien planificada y financiada. Washington debe estar dispuesto a aceptar a unas fuerzas políticas envalentonadas y, al cabo de un tiempo,

unos nuevos gobiernos, nada interesados en seguir sus dictados. Estar a favor de la democracia para Oriente Medio es fácil; apoyarla en la realidad sigue siendo tremendamente difícil.

"Los islamistas son el principal obstáculo para la democracia en los países árabes"

Depende. El temor más común es la posibilidad de que haya "una persona, un voto, una vez": es decir, que los islamistas sólo participen en las elecciones con fines instrumentales, para obtener el poder y abolir la democracia inmediatamente. Por tanto, si se sigue este argumento, no debería permitírseles que participen.

Es cierto que el compromiso con la democracia por parte de los islamistas, incluso los más moderados, está lleno de incertidumbres y sujeto a la condición de que los gobiernos democráticos acepten la ley islámica. Sin embargo, en el mundo árabe, las posibilidades de que obtengan una victoria electoral abrumadora que les permita abolir todas las libertades de golpe es remota. Durante los 10 últimos años se han presentado partidos y candidatos islamistas en las elecciones de ocho países árabes (Argelia, Bahrein, Egipto, Jordania, Kuwait, Líbano, Marruecos y Yemen), siempre con resultados discretos. Estos países sufrieron diversos grados de intromisión gubernamental, pero nada indica que los islamistas hubieran podido vencer en un entorno más abierto. Y Turquía, un país en el que un partido islamista obtuvo el poder gracias a una amplia mayoría, está empezando a ser un ejemplo prometedor de éxito democrático.

Aunque las predicciones de que la victoria electoral de los islamistas acabaría con la democracia en Oriente Medio, hasta ahora, han resultado infundadas, no se puede descartar esa posibilidad. El miedo a que se hagan con el poder persiste en numerosos países árabes y fuera de ellos. Muchos

regímenes árabes utilizan ese miedo como excusa para manipular las elecciones e imponer restricciones a la participación política. Por tanto, la presencia de partidos islamistas sí dificulta el proceso democratizador. No obstante, esos partidos islamistas son, al mismo tiempo, imprescindibles para la democratización, porque son los únicos fuera del gobierno que disponen de grandes bases. Sin su participación, la democracia es imposible. El futuro del pluralismo en la región depende de que suficientes partidos de ese tipo moderen sus ideas políticas y se conviertan en actores del proceso democrático y de que los gobiernos actuales dejen de utilizar la amenaza islamista como escudo y acepten que todos sus ciudadanos tienen derecho a participar.

"Los países árabes tienen una tendencia histórica al autoritarismo"

Es verdad. ¿Y qué? La mayoría de las sociedades han vivido bajo gobiernos autoritarios en algún periodo, a menudo durante mucho tiempo. La democracia es un fenómeno histórico reciente, y ni siquiera en EE UU y Europa se consolidó del todo, con el sufragio universal, hasta el siglo pasado. Los dirigentes árabes han sido muy autoritarios, pero no más que los europeos o los asiáticos durante la mayor parte de su historia. Los árabes desarrollaron un sistema político basado en el islam a través del califato. Los europeos permanecieron aferrados al concepto del Sacro Imperio Romano hasta siglos después de que dejara de existir en la práctica, libraron feroces guerras de religión durante siglos y aceptaron la separación de Iglesia y Estado bastante tarde y de forma incompleta. El mundo árabe, durante la mayor parte de su historia, ha sido bastante parecido al resto del mundo.

En los años 60 y 70, muchos países árabes eran representativos de las grandes tendencias políticas de la época. Casi todos estos países, aparte de los del Golfo, poseían la combinación de nacionalismo y socialismo que constituía la ideología más

común en el Tercer Mundo en aquellos años. Gamal Abdel Nasser, en Egipto; Jawaharlal Nehru, en India, y el mariscal Tito, en Yugoslavia, fueron grandes defensores de esta ideología, que entró en declive en los 80.

Por consiguiente, atribuir la falta de democracia que persiste en los países árabes a una afinidad histórica con el autoritarismo, derivada de la cultura árabe, el islam o cualquier otra cosa, es un error. Además, es una actitud derrotista, porque le otorga un carácter inevitable que se contradice con la experiencia de los cambios políticos en otras partes del mundo.

"Promover los derechos de las mujeres es fundamental para el cambio democrático"

Falso. Este mito, uno de los preferidos de las organizaciones de mujeres y los gobiernos occidentales, refleja una mezcla de observación acertada y lógica equivocada. Ningún país puede considerarse plenamente democrático si un sector de su población (en algunos casos, la mayoría) sufre discriminación y no goza de los mismos derechos. Ahora bien, los esfuerzos para defender los derechos de la mujer son prematuros. El principal problema es que los presidentes y reyes árabes poseen demasiado poder, que se niegan a compartir con sus ciudadanos y otras instituciones. Para avanzar hacia la democracia es necesario acabar con ese control absoluto. Y el hecho de que las mujeres tengan más igualdad no servirá para disminuir el poder de unos gobiernos autoritarios.

Los líderes árabes son perfectamente conscientes de ello. Muchos autócratas ponen en práctica políticas para mejorar los derechos de la mujer precisamente con la pretensión de parecer reformistas y quedar bien con los gobiernos occidentales, los medios de comunicación y las organizaciones no gubernamentales, pero sin ceder nada de poder en realidad. En los últimos años, varios Estados árabes han designado a mujeres para ocupar altos cargos y se han apresurado a llevar a cabo reformas

en materia de matrimonio, divorcio, herencias y otros aspectos personales. Son medidas positivas, pero que no abordan lo que de verdad es preciso para promover la democracia: romper el modelo autoritario de la política árabe.

"Los democratas árabes son la clave"

Paradójicamente, no. Todos los países árabes cuentan con unos cuantos progresistas occidentalizados que defienden el respeto a los derechos humanos, la libertad de ideas y expresión y el cambio democrático. Sin embargo, para que se produzca hoy una transformación democrática no basta el compromiso ideológico de un puñado de personas. En las sociedades occidentales, hace mucho tiempo, cuando la participación política era coto reservado de círculos intelectuales y ricos terratenientes con mentalidad de servicio público, era suficiente con que hubiera un pequeño núcleo demócrata. Pero el mundo árabe actual no es ni Estados Unidos ni la Europa del siglo xviii. La clase política se enfrenta al desafío creciente que suponen los movimientos islámicos con un apoyo popular cada vez mayor. Como consecuencia, cualquier transformación democrática necesita partidos y movimientos políticos de amplias raíces capaces de convertir unos ideales democráticos abstractos en programas concretos que tengan eco en una población cuya principal inquietud es sobrevivir.

Hasta ahora, los demócratas árabes han demostrado escasa capacidad para traducir las ideas abstractas en programas que atraigan a las masas. Hablan más entre sí y con organizaciones occidentales que con los demás ciudadanos. Por ese motivo, los partidos políticos de oposición con programas liberalizadores no logran contar con grandes apoyos y eso deja el campo abierto para los partidos gubernamentales, que se alimentan del clientelismo, y los partidos islamistas, que adquieren partidarios siguiendo la mejor tradición de los partidos de masas, con una mezcla de fervor ideológico y servicios sociales esenciales.

La represión de los gobiernos también ha disminuido la eficacia de los demócratas árabes. Algunos regímenes, especialmente el de Arabia Saudí, acallan cualquier debate incipiente de tipo progresista. Otros son más tolerantes y dan a los progresistas cierto margen intelectual para escribir y debatir, siempre que no pasen a la acción. En Egipto, los demócratas árabes no son un grupo perseguido. Suelen ser profesionales instalados en la alta burguesía. Por consiguiente, vacilan a la hora de exigir auténticas reformas capaces de provocar una toma del poder por parte de los islamistas y se conforman con proponer la democratización desde arriba. Sería, pues, un grave error que los defensores estadounidenses y europeos de la democracia insistieran en que los demócratas árabes son la clave del cambio político. Desempeñarán un papel importante si la democracia se hace realidad.

"La democracia en Oriente Medio es la mejor cura contra el terrorismo islámico"

No. Esta opinión se basa en una hipótesis simplificadora: los regímenes árabes estancados y represivos crean un caldo de cultivo para que nazcan grupos islamistas radicales que ponen la mira en EE UU porque encarna los valores sociopolíticos liberales a los que se oponen los islamistas radicales. Es decir, más democracia equivale a menos extremismo.

La historia nos dice otra cosa. El islamismo militante moderno se desarrolló tras la creación de los Hermanos Musulmanes en Egipto durante los años 20, el periodo más democrático en la historia de ese país. El islamismo político radical no sólo tiene partidarios entre los saudíes oprimidos sino también entre algunos musulmanes que viven en las democracias occidentales, sobre todo en Europa. Por consiguiente, la aparición de grupos islamistas radicales no es sólo consecuencia de la autocracia árabe. Es un fenómeno complejo con diversas

raíces, entre las que figuran el apoyo de los estadounidenses a los *muyahidines* en Afganistán durante los años 80 (que dio más poder a los militantes islamistas), el empuje del Gobierno saudí a los programas educativos del islamismo radical en todo el mundo y la indignación por diversas políticas de Estados Unidos, como su postura ante el conflicto árabe-israelí y la presencia de sus fuerzas militares en la región. Además, la democracia no es una cura milagrosa para el terrorismo. Nos guste o no, los esfuerzos que más éxito han tenido en la contención de los grupos políticos del islam radical han consistido en campañas represivas y antidemocráticas como en Túnez, Egipto y Argelia durante los 90. Pensar que Arabia Saudí o cualquier otra nación árabe pueda tener un gobierno democrático capaz de luchar con más eficacia contra los extremistas es hacerse ilusiones.

La experiencia de otros países prueba que los grupos terroristas pueden actuar durante mucho tiempo incluso en democracias establecidas: el IRA en Gran Bretaña o ETA en España. Durante las dos primeras décadas de la transición, ETA no perdió fuerza, sino que la aumentó y prosperó mucho más que durante la dictadura de Franco. En los Estados con fragilidad democrática –como serían las nuevas democracias árabes durante años–, los grupos violentos pueden causar todavía más daño, como demuestran los Tigres Tamiés en Sri Lanka, Abu Sayyaf en Filipinas o los rebeldes maoístas en Nepal.

[¿Algo más?]

El libro coeditado por Thomas Carothers y Marina Ottaway ***Uncharted Journey: Democracy Promotion in the Middle East***,

de próxima publicación (Carnegie Endowment for International Peace, Washington, 2005), examina los retos a los que se enfrentan Estados Unidos y Europa a la hora de promover la democracia en Oriente Medio. Joshua Muravchik defiende una estrategia audaz por parte de Washington para la promoción de la democracia en 'Bringing Democracy to the Arab World' (Current History, enero de 2004).

El prestigioso historiador británico Eric J. Hobsbawm se muestra escéptico ante las ventajas de 'Imponer la democracia' en el informe especial de FP edición española sobre 'Las ideas más peligrosas del mundo' (octubre/noviembre de 2004). Tesis parecidas pueden encontrarse en el artículo del filósofo esloveno Slavoj Zizek 'Irak, falsas promesas', publicado en el primer número de esta revista (febrero/marzo de 2003), y en 'El choque sexual de civilizaciones', un artículo de Ronald Inglehart y Pippa Norris que apareció en el número 4 (agosto/septiembre de 2004), en el que ambos expertos sostienen que la brecha cultural entre Oriente y Occidente no es la democracia, sino el sexo.

Tamara Cofman Wittes y Jon B. Alterman defienden opiniones contrarias sobre si los demócratas árabes son fundamentales para un cambio político positivo en Oriente Medio en sus respectivos ensayos 'The Promise of Arab Liberalism' y 'The False Promise of Arab Liberals' (Policy Review, junio/julio de 2003). Para examinar el papel de los partidos islamistas en la política de Oriente Medio hay que consultar Graham E. Fuller, ***The Future of Political Islam*** (Palgrave, Nueva York, 2003).

Marina Ottaway y Thomas Carothers

son miembro titular y director, respectivamente, del Proyecto sobre Democracia y Estado de Derecho en el Carnegie Endowment for International Peace. Han coeditado un libro de próxima aparición, *Uncharted Journey: Promoting Democracy in the Middle East* (Carnegie Endowment, Washington, 2005).

Fecha de creación

10 septiembre, 2007